

MEMORIA

Escrito hacia 1872, y bajo el notorio influjo de E.T.A. Hoffmann, en tiempos prósperos cuando la realidad inmediata no era problema, e incluido en *Ensayos*, de 1877, «El canto de la sirena», de Miguel Cané, por sobre su escritura desmañada que lo emocional logra, hasta cierto punto, compensar, desgrana y dosifica las tensiones filosóficas y estéticas que inquietaban a intelectuales de la clase dirigente, la de la Generación del 80 en nuestro medio. El mundo racional (identificado aquí por Platón y Victor Cousin) y el romántico (Poe, Hoffmann) aparecen confrontados y es la música el lenguaje que descubre. El triunfo de las fuerzas irracionales expresa el resquebrajamiento del cientifismo soberano gradualmente asediado por la propagación de doctrinas espiritistas y espiritualistas. Un movimiento pendular propicia el sutil debate entre lo *posible* y lo *probable*: «(...) en el fondo de toda leyenda(...) –especifica el texto– hay siempre una base invariable de verdad». El mito, el sueño portan saberes. Pero lo que se postula va más allá puesto que los fenómenos patológicos y psiquiátricos que tanto interesarán a narradores como Atilio Chiáppori y Horacio Quiroga se insinúan también como posibles instrumentos de conocimiento; de hecho, en esta ficción del autor de *Juvenilia* (1884) quien ha llegado a él lo hace tras los muros del manicomio, lejos del lenguaje articulado y remontándose por vía musical a un tiempo edénico, intangible. Necesariamente texto y contexto remiten a la cuestión planteada por Edgar Allan Poe en cuanto a que la ciencia no había dicho aún que la locura no fuera la forma sublime de la inteligencia.

Por su valores intrínsecos y por constituirse en claro antecedente de nuestra sólida narrativa fantástica, «El canto de la sirena», de Miguel Cané (1851-1905) inaugura para *Gramma* la sección «Memoria».

EL CANTO DE LA SIRENA

por

Miguel Cané

No he conocido hombre más enérgico que Broth. Era ruso, pero había venido de un año y sólo uno que otro rasgo de su fisonomía recordaba su origen.

Broth se había ligado a mí en el colegio, donde tan necesarias son esas alianzas íntimas, esas amistades estrechas que se auxilian y consuelan recíprocamente. Tenía una cabeza admirablemente organizada y era precisamente en los estudios que requieren sobrehumana penetración en los que se distinguía. Broth desesperaba a nuestro profesor de filosofía, distinguido francés que seguía humildemente las huellas de Cousin en la escuela ecléctica. Estudiaba en Platón; era delirio lo que experimentaba por el discípulo de Sócrates. Yo era más amante de los modernos y, entre ellos, Descartes hacía mi delicia.

Un día (faltaría un mes, poco más o menos, para el examen del último año de reclusión) habíamos estudiado diez horas seguidas mecánica racional, me dolía la cabeza, las sienes me ardían y como era avanzada la hora el pobre cuerpo me pedía reposo y tranquilidad.

Estaba reclinado en un sillón, mientras Broth, con su eterna seriedad, su immutable serenidad de espíritu, resolvía en la pizarra una intrincada fórmula.

—Broth, ¿quieres dejar un momento? Estoy rendido y no me haría provecho el estudio —le dije con voz lastimera.

—¿Estás cansado? Bien, acuéstate. Yo no podría dormir; voy a leer a Platón.

Me acosté y siguiendo la eterna costumbre, que no he perdido ni aun en mis noches de embriaguez profunda, tomé un libro para traer a mis ojos el fugitivo sueño. En el montón confuso y desarregrado de libros de todo género, mi mano tomó al azar uno que me habían mandado ese mismo

día y que Broth y yo sólo conocíamos de nombre: eran las obras de Edgar Poe. Lo abrí y mis ojos se detuvieron en la cita de un escritor inglés que servía de epígrafe a uno de los originalísimos cuentos del sublime visionario. Decía así: «¿Qué canción cantaban las sirenas? ¿Qué nombre tomó Aquiles cuando se ocultó entre las mujeres? Cuestiones difíciles en verdad, pero no más allá de toda investigación.»

—Broth, mira qué cita tan curiosa. Por lo que conozco del espíritu de Poe, me parece que es el compendio de toda su obra; el que ha elegido este epígrafe debe tener una poderosa facultad analítica, unida a una decisión inquebrantable.

Broth tomó el libro silenciosamente, leyó la cita, sonrió volvió a su lectura.

Yo continué leyendo; era el Escarabajo de Oro si mal no recuerdo; el estilo tan enérgicamente bello y sencillo me empezaba a absorber, cuando me fijé en Broth; ya no leía; el libro permanecía abierto sobre sus rodillas y su mirada, vagamente fija, revelaba un pensamiento tenaz arraigado en aquel cerebro. Estos éxtasis eran familiares en él y yo los respetaba siempre, ejercía la altura de su espíritu tal superioridad sobre mí, que jamás tuve la idea de dirigirle una broma; respetaba hasta sus mayores extravagancias como él perdonaba mis más pueriles debilidades.

Broth seguía profundamente ensimismado; por fin, sin variar de postura, sin mover un solo rasgo de su fisonomía, murmuró levemente estas palabras, que parecían desprenderse de su idea: «¡El canto de la sirena! Tiene razón... ¿por qué no? Voluntad, perseverancia: he ahí las armas; el tiempo, he ahí el combate; la verdad, el triunfo!»

—Broth —dije suavemente—, ¿en qué piensas?

No me contestó; resolví no hablar al hombre, sino a la idea.

—¿Crees posible tal fantasía?

—Posible, ¿dices? —respondió instantáneamente—; probable, hijo mío.

—Broth me daba comúnmente ese nombre cariñoso.

—¿Pero es posible, Broth, que te ocupes de semejante pequeñez? Toma a Platón, que es la verdad y deja a ese inglés que es el ensueño, poético si quieres, pero ensueño al fin.

—Es un error, Daniel (olvidaba decir que ése es mi nombre), es un error; en el fondo de toda leyenda, de toda tradición, hay siempre una base invariable de verdad. La leyenda es como la madre tierra: quita las capas de arcilla, greda y aun calcárea y encontrarás la base granítica. El espíritu humano, que vive del universo, no puede crear más de lo que existe. Los pintores representan en todo la naturaleza y lo que es posible ver, por lo menos en principio; el poeta, ese pintor aéreo, no puede encontrar en un algo que no existe en él, las inspiraciones de su obra.

El sueño había desaparecido; estaba desvelado, sufriendo la influencia de Broth: era el magnetismo de la superioridad incontestable.

—¡Extrañas teorías para un discípulo de Platón! —contesté—. Observa que una teoría, para ser buena, necesita sufrir con éxito el análisis de todas sus consecuencias. En la tuya sería cierto que la voz de Dios vibró sobre el Sinaí, y que las aguas del Mar Rojo se abrieron ante la vara de Moisés.

—Son las adulteraciones, Daniel, la leyenda, la tradición a que me refería. ¿Por qué Moisés, en uno de esos entusiasmos febriles que produce la excitación de la fe, no puede haber confundido la soberbia voz de la tempestad, que hablaba a su alma estremecida, con la palabra divina? ¿Por qué se ha de haber visto exento de la preocupación del milagro, impotente para darse cuenta de un fenómeno cultural? No, Daniel; el germen de todo existe y en la elaboración infinita de los siglos, bajo la influencia fatal de las fuerzas de la naturaleza, la materia va cambiando y el espíritu girando sobre sí mismo, ya opaco, ya brillante. Un imbécil de Platón sería un talento de Gall tal vez, y la sandalia de Diógenes puede ser la blanca perla que hoy adorna el cuello de una hermosa dama.

—¡Nunca te he oído hablar así, Broth! ¿Qué tienes hoy? ¿Por qué esa sobreexcitación nerviosa? Vamos, calma, vuelve al estudio sereno y reposa.

—¿Temas por mi razón, pobre Daniel? ¡Oh! Es fuerte como una roca. Pero encuentro un encan-

to indescriptible en la audacia admirable de ese hombre que dice que nada hay imposible para la investigación humana, me siento con fuerza para lanzarme a un estudio profundo, a una observación de toda mi vida! Sería capaz...

—¿De traducir en notas el canto de la sirena?

—¿Y por qué no?

—¡Cómo! ¿Tú crees que han existido esas criaturas que detenían a los inexpertos navegantes en medio de los mares, por el irresistible encanto de su voz armoniosa? ¿No te parece fuera de toda ley natural esa existencia híbrida, mitad pez, mitad mujer? Tú sabes que nada hay que predisponga a la creación poética como la soledad de los mares en las noches de calma; los marinos de entonces habrían sentido en su espíritu la fuerte impresión de la armonía de la naturaleza y en la imposibilidad de darse cuenta de ese fenómeno admirable, han dado cuerpo al ensueño, vida a ese atributo armónico de lo creado y formado esas deliciosas voces que salen del medio de las ondas espumantes para atraerlos a las grutas misteriosas de los senos del océano.

—¿Y quién te dice que en otras épocas, tan lejos de la historia del mundo, que el pensamiento no las alcanza, no hayan existido peces dotados por la naturaleza de órganos vocales? ¿No tienes hoy el pez que vuela? ¿Por qué negar en absoluto la existencia del pez que canta? ¿Cuál sería el encanto de su voz, cuando las imaginaciones juveniles como los rayos del sol en los primeros días de su formación, han confundido un pez con la diosa de los mares? ¡Oh! ¡El canto de la sirena!

Callé; Broth me causaba espanto. ¡Me parecía que la razón de aquel hombre era muy débil para contener el empuje de esa volcánica imaginación y de esa salvaje energía!

Broth salió junto conmigo del colegio. Al abandonar las aulas, sabía más que todos sus maestros juntos.

Se había dedicado casi exclusivamente a la música y pasaba días enteros inclinado sobre el violoncello, que era su instrumento favorito.

Jamás frecuentó la sociedad; vivía solo, aislado, de una módica renta que había heredado. La juvenil cabeza empezaba a encanecerse en la aurora de la vida y el vigor del cuerpo parecía haberse refugiado todo en sus ojos que brillaban de una manera pasmosa, febriciente.

Ere yo el único amigo que había conservado sobre la tierra. Cuando le iba a ver, tendía su mano

hacia mí con una cariñosa mirada y murmuraba con acento desesperado: «¡Nada aún!». Luego no hablaba más y parecía no escucharme. Lejos del mundo como vivía, jamás le hablé de él, ni pretendí lanzarlo al torbellino social. Mis visitas eran retornos a los tiempos de estudio, de meditación y serenidad. Le hablaba de filosofía, historia, ciencias naturales, de los últimos descubrimientos, de todo ese mundo intelectual que juntos habíamos recorrido. Me despedía sin haber obtenido más que un afectuoso apretón de manos.

Un día recibí una carta. Decía así:

Daniel:

Has sido mi único amigo.

¡Nada aún!

Parto, pero no desesperado; encontraré.

Broth.

Sentí un dolor agudo, pero cuando corrí a detenerlo, ¡era tarde! Había partido, sin que nadie supiera adónde.

Broth era el hombre que más había admirado en la tierra; tenía para mí una aureola de genio sobrehumano, que hasta en mis sueños creía ver. Su magnífica inteligencia, aplicada a un solo objeto fantástico —averiguar cuál fue el canto de las sirenas—, me había hecho una impresión terrible, que no podía borrar de mi alma.

Poco a poco, el recuerdo de Broth se fue convirtiendo en una de esas confusas reminiscencias que se conservan de la lectura de un cuento de Hoffmann allá en la infancia. Seguí el torrente de la vida y el nombre de Broth quedó en mi memoria débilmente iluminado por el cariño de mi corazón.

Habían transcurrido quince años desde el día en que recibí la despedida de Broth; viajaba por Alemania, no ya con el entusiasmo del hombre joven, sino con esa observación serena que caracteriza la edad madura.

La Alemania es la tierra de los poetas, como la Italia es la patria de los artistas.

La poesía siempre es íntima y subjetiva: vive en el fondo del alma y los hombres que tienen ese huésped sublime, viven lejos del mundo, bebiendo las inspiraciones en las sensaciones misteriosas de su ser interno. Los italianos abren su alma, como las flores su cáliz, al calor del ardiente sol; los alemanes, como las modestas sensitivas, se expanden en el silencio de la noche. En Italia el infinito es una forma; en Alemania es una idea...

Un día fui invitado a visitar un manicomio en una de las más pintorescas aldeas que duermen a la sombra de los castillos feudales que vigilan eternamente el Rhin. Un distinguido médico cuidaba el establecimiento, que sólo contenía veinte o treinta dementes.

Recorriendo el edificio, admirablemente dispuesto para su fin, mientras el profesor me explicaba diversas manías y los medios de curarlas, oí los ecos del eco lánguido de un violoncello.

Me estremecí, porque una idea, una de esas misteriosas adivinaciones del alma, había venido a sorprenderme. No me atreví a preguntar.

—Ese desgraciado que toca con tanta dulzura el violoncello, me dijo el profesor, es el maniático más poético que he conocido. Es anciano ya, pero hay en sus palabras, las pocas veces que habla, cierta frescura juvenil. Ha buscado durante toda su vida la solución de un problema curiosísimo: ¿cuál habrá sido el canto de las sirenas!

Di un grito y me apoyé contra un árbol para no caer.

La música seguía, tristísima y suave, como una de esas melodías que se creen oír durante los sueños de las noches de verano. Era rara; no había oído nunca nada análogo. Tenía algo de la balada de los pueblos primitivos y al mismo tiempo se parecía a algún murmullo oído en el silencio de la naturaleza, durante las horas de reposo. *Me sentía atraído* y una nube de ideas arrebatadas *mi alma* a otros tiempos, a otras sensaciones casi olvidadas...

¡Era mi pobre amigo el que tocaba!

Broth, nívea la larga cabellera, vaga *la mirada*, abrazaba su instrumento como la barca en que bogara en el delicioso mar del infinito.

¡Oh! *Lágrimas* corrían por mis mejillas, pero no *las vulgares lágrimas* del dolor. *Sentía* un secreto placer; creía que Broth era feliz y allá en lo íntimo *de mi corazón bendecía al cielo* que tan dulce locura había enviado al querido hermano *de mi corazón*.

Me acerqué silencioso; Broth levantó su *límpida mirada* hacia mí y casi sin mover los labios, sin conocerme, sin alterarse en lo mínimo su *límpida mirada*, como *si su alma* estuviese en el *cielo de las delicias*, murmuró misteriosamente, haciendo un signo de silencio:

—¡Callad, callad por Dios! ¡Es el canto de la sirena!